

Y VINIERON LOS ELFOS.

La figura estaba sentada en una silla opulenta, de respaldo alto, casi un trono. Como todos los muebles, estaba tallado en madera natural de especies extintas. En este caso, un ébano de Mozambique. Toda la iglesia estaba tapizada con pieles de animales masacrados y especies arbóreas amenazadas. Aunque claro, en esos días cualquier especie sobreviviente estaba amenazada. El trono ocupaba el lugar del altar, en el centro, bajo los pies de la talla de un Jesucristo moribundo clavado en la cruz, vista alzada al cielo en busca de consuelo. A los elfos le encantaba la visión metafórica del futuro de la raza humana que los cristianos tuvieron: un hombre sometido, torturado e indefenso era una delicia visual. Bajo la talla, a los lados, otros elfos de menor categoría intercambiaban miradas recelosas, lanzando furtivas ojeadas al codiciado trono, símbolo de poder y control sobre sus semejantes. Arrodillado ante el altar, como tantas veces hicieron los cristianos en la antigüedad en señal de sometimiento divino, un asustado humano contemplaba con admiración la belleza artística con que los elfos dotaron a sus posesiones, transmitiendo la gracia de sus figuras en cada pieza robada a aquel mundo.

El Maestro se levantó. Sus dos metros de estatura, estilizados, con curvas suaves, piel pálida perfecta y un porte majestuoso. La cabellera, blanca como la nieve, totalmente lisa, estaba recogida con una elegante cola, con las puntas de los cabellos sedosos meciéndose suavemente con la más liviana brisa, impregnando el aire con una fragancia especial, refinada, que aún hoy día los humanos no habían sido capaces de comparar con ningún otro olor. Las ropas, consistentes en túnicas con filigranas de oro bordado y plata engarzada, despedían la misma esencia que el pelo y el resto del cuerpo. Divertidos ante la interpretación mística que los humanos tuvieron de su raza, decidieron vestirse como las criaturas fantásticas que poblaban los relatos de tierras inventadas, en una carcajada

metafórica ante la premonición casual de aquellos insignificantes seres. Los rostros radiaban belleza extrema, y ocultaban la crueldad de sus portadores tras una máscara bondadosa, grácil, de finas cejas sobre sonrientes ojos, con las proporciones perfectas, divinas. Cada facción estaba pensada por el hacedor de la raza para transmitir seguridad, confianza e incluso amor al incauto que se cruzase con ellos. *Tan bellos y crueles...* Tenía que ser uno de ellos.

—Nos has servido bien, humano.

Joder, pensó otra vez el hombre, *quiero esa voz*.

—Siempre dispuesto, Maestro Aeron —replicó, agachando aún más la cabeza.

No podía ver los ojos del Maestro con la mirada fija en el suelo de mármol de la iglesia, pero sentía como la vista penetrante del elfo le atravesaba, evaluando la valía del ser inferior. Varios minutos pasaron sin escucharse el más mínimo ruido; solo el runrún de la existencia reverberado en el templo. Al final, incomodado por la quietud, confiado por sus actos pasados y su relación con los elfos, el hombre reunió el valor de hablar.

—Maestro Aeron... señor. Me lo prometisteis. *Cumple con dedicación y esmero, y tu deseo será cumplido*. Esas fueron sus palabras exactas.

Una cautivadora sonrisa floreció en el rostro del elfo.

—Y has cumplido excepcionalmente bien —dijo el Maestro Aeron con tono danzarín, casi cantando, mientras bajaba los escalones del altar y se acercaba con gracia al humano—. Pero dime, mi querido siervo, ¿por qué ese ansia en convertirme?

El hombre, sintiendo la mano del elfo sobre su cabeza, empezó a temblar incontroladamente. Cerró los ojos, anudó el miedo, tragó saliva y habló.

—Quiero pertenecer a los elfos, Maestro. Me dijo que me convertiría, que podría transformarme. No he hecho más que amaros desde el primer día, sintiéndome grotesco en este repulsivo caparazón humano, an... ane... —la palabra luchó por atrancarse—

anhelando con cada fibra de mi ser poder participar de la belleza de vuestra raza.

—¿Incluso a costa de traicionar a la tuya? —preguntó con diversión Aeron.

Por primera vez desde que entró en la iglesia, el hombre se atrevió a mirar directamente a los ojos del elfo Maestro de aquel clan. Mientras levantaba la cabeza lentamente, la mano de Aeron se fue deslizando hacia abajo, pasando de la coronilla a la mejilla una vez que el rostro del humano estaba alzado y en contacto con su mirada.

—Creo, Maestro —replicó con delicadeza—, que esa pregunta ha quedado más que contestada con la sangre de mis semejantes que inunda mis manos.

Una risa bailarina, rica en tonos cálidos, trepó por la garganta del elfo, rebotando en los altos muros del templo usurpado.

—Bien hablado, humano... bien hablado.

El orgullo hinchó el pecho del hombre. Estaba cerca. Después de tantos años iba a conseguirlo, y, cuando por fin fuese uno de ellos, con su imponente presencia y su poder casi ilimitado sobre los humanos, iba a encargarse de que todas las personas que le había hecho la vida imposible, ya antes de la llegada de los elfos o después, recibieran su merecido.

Ese fue el último pensamiento del hombre. Mientras divagaba sobre planes futuros como miembro de otra raza, el Maestro Aeron sacó un cuchillo de plata ribeteado con caracteres del élfico terrestre y deslizó la hoja con suavidad por el cuello del ingenuo humano, produciendo un tajo fino, limpio y profundo. Mientras la vida del hombre se escapaba en un surtidor de sangre traidora, Aeron y sus compañeros de clan rieron a carcajada limpia, intercambiando palmadas en la espalda, agarrándose los estómagos doblados y soltando delicadas lágrimas producidas por el regocijo, rompiendo de ese modo la graciosidad mística que habían mantenido hasta el momento.

—¡Me cago en la puta! —exclamó Aeron, dándose la vuelta y contemplando a sus compañeros en lo alto del altar. Secándose las lágrimas con un dedo, todavía con

pequeños espasmos de risa, añadió—. Pero mira que son idiotas estos monos.

—¿Sabes lo que más me jode? —preguntó Derek, la pierna rota extendida—. Que a mí me gustaban los elfos...

—A ti y a mucha gente.

—...y van los muy cabrones y se apropian de ellos. Visten igual, andan igual...

—Ya lo sabemos, Derek.

—...¡incluso se han puesto sus nombres!

El fuego rujía en la noche, la madera crepitaba y la rata se freía mientras el grupo lanzaba bufidos cansados y ponía los ojos en blanco.

—No me jodas, Derek, que todos estábamos casualmente en la tierra cuando esos malditos aliens llegaron —replicó el hombre que freía la rata en una sartén llena de grasa.

—Ya joder, pero...

—Oh dios, aquí viene... —suspiró alguien.

—...¿por qué se tienen que parecer a los malditos elfos? Por cómo son, bien podrían ser orcos, destrozando todo lo que encuentran a su paso, derribando los bosques, extinguiendo especies, consumiendo el planeta. Además...

—Vale, ya está, se acabó —Derek interrumpió su habitual verborrea al escuchar la autoritaria voz de Miranda—. Deja de repetir todas la putas noches la misma mierda, ¿vale? A partir de ahora, o es para compartir con nosotros un plan para matar a esos cabrones o te callas la puta boca.

—Pero...

—¡Ni peros ni hostias fritas! No voy a dejar que nos sermones durante horas otra noche más. Además, tenemos que movernos —la mujer lanzó una mirada afilada a Derek—. Llevamos tres noches aquí por tu maldita pierna rota.

—Pero...

—Si lo prefieres puedo entregarte a ellos —el silencio del grupo se espesó—. Sabes que puedo —añadió en un susurro.

Todo el mundo recordaba la vez que Miranda había acusado a un integrante del grupo de ser un espía de los elfos basándose tan solo en sus sospechas, y como convenció al resto para que lo expulsaran y lo dejaran solo en el bosque, prohibiéndole la entrada a la zona protegida, exponiéndolo a los temibles cazadores de orejas picudas. El hecho de no haber encontrado nunca su cuerpo era utilizado por Miranda como confirmación de sus sospechas, segura como estaba de que el maldito diablo había ido a reunirse con los “suyos”. La gente se olvidaba convenientemente de mencionar que nunca ningún cuerpo había sido encontrado fuera de la zona protegida. Nadie creía realmente que el exiliado hubiese sido un traidor, pero continuamente llegaban oídas desde otros grupos de personas que se habían aliado con los elfos y servían de espías. Según se contaba, los elfos tenían la capacidad de mutar a los humanos para convertirlos a su raza y acogerlos en su sociedad superior, previa demostración de voluntad de cambio en forma de traición. En todos los campamentos habían ocurrido extrañas desapariciones seguidas de ataques sorpresa de los elfos, obsesionados como estaban con la caza y captura de todos y cada uno de los “monos” de aquel planeta de tan variados recursos. Incluso alguna vez, cuando consiguieron capturar a algún elfo desprevenido o herido, este clamaba que era un humano convertido, uno como ellos que se había sacrificado para poder espiar a la tiránica raza de seres gráciles. Por desgracia, era imposible comprobar si decían la verdad o mentían para salvar sus vidas. Fuesen humanos convertidos o elfos, una boca más que alimentar era un lujo que no podían permitirse.

—Yo tengo un plan —el grupo levantó la mirada, girando las cabezas en dirección a la voz. Miranda frunció el ceño con su habitual desconfianza de todo y todos—. Para matarlos y tal. No a todos, claro —añadió Yoshi, un oriental de rasgos afilados, clavando los ojos en Miranda—. Solo a los de la iglesia.

El grupo movió sus cabezas hacia la mujer erigida en líder, como si asistiesen a un partido de tenis que acababa de comenzar.

—¿Un plan dices? —preguntó todavía con el ceño fruncido.

—Eso es lo que he dicho. Un plan, y que no incluye la inmolación, si sale bien...

Cuatro segundos de silencio. Miranda observó detenidamente el rostro de Yoshi, intentando ver más allá del físico. El rostro que escrutaba permanecía totalmente hermético al alma que contenía.

—Te escuchamos, Yoshi —replicó la mujer, con cautela.

El oriental se levantó y empezó a andar alrededor del grupo, tranquilo, con pasos cortos y atentos, manteniéndose siempre dentro del círculo de luz que arrojaba la hoguera. Miranda, alerta, empezó a sentir como un atisbo de duda crecía en su interior; no le gustaba nada la hermeticidad de Yoshi.

—Por lo visto los elfos encuentran divertido de cojones apropiarse de nuestros seres fantasiosos y vivir en nuestros edificios más opulentos. Sabemos que un grupo de ellos ha convertido la iglesia del pueblo en su hogar, y que varias personas están colaborando con ellos, supongo que a cambio de la mutación.

—Eso no lo sabemos —dijo cuidadosamente Miranda.

—Lo sabemos porque lo estoy diciendo —replicó con seguridad—. Los he visto cumplir las órdenes de los cabrones de orejas picudas. Solía rondar el pueblo en busca de comida cuando estaba solo, antes de encontraros y unirme a vosotros. Nunca me vieron, pero yo sí que pude verlos bien, y te aseguro que había humanos entre ellos trabajando a cambio de una promesa. Que fuese realizable o no, no lo sé. Pero que hay traidores —añadió con los ojos en Miranda—, sí que lo sé.

El grupo, cada vez más asustado, miró de nuevo a la líder natural. Esta cambió el ceño fruncido por una expresión de aversión hacia las insinuaciones recibidas. Esperó sin decir nada. Tras lo que parecieron horas de silencio y miradas cruzadas, Yoshi continuó.

—Parece ser que siempre van en grupo —retomó su pasear descuidado por el círculo de luz—. Cuando entran con algún traidor en la iglesia no queda ninguno de ellos fuera. Supongo que intentan imponer una visión de fuerza y dominio sobre los asustados aldeanos que se presentan ante ellos, orgullosos como están de ser una raza superior.

—Supones...

Fue Miranda la que interrumpió, por supuesto. Derek empezó a echar miradas nerviosas a los lados, evitando mirarla a ella o a Yoshi, incómodo por la situación, perdiendo la vista en la negrura del bosque. Miranda estaba intentando refrenar la creciente sensación de peligro que le corroía todo el cuerpo produciéndole escalofríos. Había algo que estaba definitivamente mal. Yoshi no apartó la mirada en ningún momento.

—Sí, supongo. Y también supongo —dijo retomando de nuevo su andar pausado, desviando la mirada al cielo de la arboleda— que atacarles cuando están reunidos en la iglesia, distraídos, es lo más sensato. En mi época solitaria fui capaz de reunir un pequeño arsenal: armas cortas, algunas granadas y munición. No conseguí hacerme con ningún arma élfica, pero estoy convencido de que las nuestras funcionaran muy bien. Hasta donde sé, los elfos son tan vulnerables como los humanos.

—Pareces saber muchas cosas... —escupió la mujer en un susurro.

Yoshi se detuvo por tercera vez y lanzó un suspiro cansado. Puso los brazos en jarra, las manos sobre la cintura y encaró a la suspicaz líder.

—No voy a discutir, Miranda. Yo te estoy diciendo lo que podemos hacer para acabar con los putos elfos... con estos, al menos. Estoy harto de ser cazado como un puto conejo por un zorro. Son solo unos cuantos los que están asentados en el pueblo. Podemos con ellos si atacamos a la vez y cuando estén en la iglesia, preocupados en impresionar a algún aldeano esclavo o aldeano traidor. Si tienes un plan mejor, me encantará oírlo y, mucho más, llevarlo a cabo. Así que este es tu momento. ¿Tienes algo

que decir?

Miranda se quedó largo rato con los ojos clavados en los de Yoshi, intentando discernir su alma, entenderla, ver la verdad que contenían sus palabras. Sabía que la gente no le creía, pero estaba segura de que el pobre diablo que había expulsado del grupo era un espía. No tenía pruebas, pero lo sabía. Ella siempre sabía ese tipo de cosas, siempre lo había hecho. Siguió descifrando el rostro de rasgos afilados que estaba esperando una contestación. Podía tratarse de una trampa. Ofrecer una alternativa a vivir escondidos, a luchar por sus vidas, por su planeta, por su raza, y luego tenderles una emboscada para cazarlos a todos de golpe, someterlos, esclavizarlos, matarlos. Parecía ser el tipo de acontecimientos que harían enormemente felices a los elfos. Los malditos elfos.

—¿Y bien? —apremió Yoshi, dando golpecitos con la punta del pie en la tierra, esperando, nervioso.

¿Nervioso?, pensó Miranda. Podía ser un signo provocado por la tensión del silencio que estaba imponiendo. Si aguantaba un poco más, seguro que empezaría a sudar, temiendo que su tapadera se viniese abajo, adentrándose con un quiebro en la espesura, perdiéndose entre los árboles, hacia el pueblo, hacia la iglesia, hacia los elfos, *el muy traidor*.

—Podríamos probar... —mascullo Derek.

Miranda, arrancada de la vorágine de pensamientos que la azotaban, privada del duelo que estaba manteniendo con Yoshi, segura del derrumbe del oriental en cualquier momento, con fuego en los ojos, rugió.

—¡Tú qué coño vas a saber! —espetó con furia a Derek—. No sabes más que quejarte, parasito, y huir, esconderte como un cobarde... Tú qué coño vas a saber —añadió, la respiración agitada.

—Hago lo mismo que tú —replicó en una queja, bajando la cabeza, intuyendo lo

que estaba por venir.

—¿Lo mismo que yo? ¿¿LO MISMO QUE YO, HAS DICHO?? ¡¡Maldito desgraciado!! Yo me preocupo por todos vosotros, os cuido, os protejo de traidores, os procuro comida...

—Los que cazan son otros, Miranda —intervino Yoshi, con el mismo tono que emplearía un adulto con un niño mimado.

Miranda explotó

—¡¡TÚ TE CALLAS, MALDITO ELFO!!

Derek volvió a levantar la cabeza, asustado. Yoshi abrió los ojos de par en par hasta el máximo que le permitía su raza, la boca descolgada. Tras unos segundos, empezó a cerrar los parpados alcanzando su nivel normal y siguió cerrándolos hasta convertir a los ojos en meras rendijas en el rostro. La boca se fue cerrando también poco a poco, apretando los dientes una vez los labios estuvieron juntos, marcando los músculos de las mejillas. Apretó la mano izquierda, cerrándola en un puño. La derecha la levantó lentamente, con el dedo índice extendido, señalando a Miranda con gesto acusador. Esta pareció encogerse un poco, echando rápidas miradas a los demás, abriendo un poco la boca. Había gritado sin pensar, cegada por el estrés de aquella vida miserable. Derek se levantó como pudo, nervioso, con la pierna rota estirada y dando un paso atrás, temeroso de que la situación desencadenase en una explosión que pudiese alcanzarle. Los demás permanecieron clavados en el suelo, sentados, convertidos en estatuas.

—Tú... maldita... ¡¡Tú estás loca!! —espetó Yoshi, manteniendo en alto el dedo acusador y tembloroso—. Llámame elfo a mí. ¡Elfo! ¡¡A MÍ!! Que he tenido que esconderme como una rata en el alcantarillado. A mí, que he visto las entrañas de mis vecinos —el gesto se endureció aun más—. A mí, que me he visto obligado a comer entre lágrimas carne humana podrida —lágrimas portadoras de recuerdos amargos rodaron por

las mejillas—. ¡¡A mí, que he perdido a mi mujer y a mi hijo a manos de esos putos aliens!!

-Yo... yo...

La mujer intentaba articular una disculpa; por fin había divisado lo más profundo del alma de aquel ser atormentado. Yoshi, por su parte, apretaba cada vez más los músculos, espoleado en su cólera por el recuerdo de su mujer, violada hasta la muerte por los elfos, y de su hijo, obligado a presenciar el fin de su progenitora antes de ser enviado a solo dios sabía dónde y con qué propósito.

-¡¡TÚ ERES LA MALDITA ELFA, ZORRA ASQUEROSA!! Tú con tus sospechas, dividiéndonos continuamente, poniéndonos en bandeja para el disfrute de unos putos seres desviados de orejas puntiagudas. ¿Qué te ofrecieron, maldita puta? ¿Ser la ramera de los mismos que exterminan a los tuyos? ¿¿Te gustaría que te follasen, zorra??

Yoshi no aguantó más y explotó, cediendo el control de su cuerpo a la ira. Desenfundó el cuchillo que llevaba amarrado en el cinturón y, de dos zancadas, agarró a Miranda por la nuca, apoyando el filo del arma en el cuello de la mujer, y, empapado en lágrimas, preguntó.

—¿Quieres que te follen, como hicieron con mi esposa? ¿Quieres que te maten de placer, zorra?

Miranda, aterrada, no pudo contestar. Yoshi sorbió por la nariz, parpadeo varias veces seguidas para lanzar al vacío las lágrimas que inundaban sus ojos, respiró hondo y dejó de temblar.

—Tú —susurró el oriental—. Tú eres la elfa.

Dio un paso atrás, cargó el brazo y, con un movimiento limpio que casi nadie pudo ver, abrió un profundo tajo en la garganta de la desconcertada mujer. Miranda intentó agarrarse en el cuello y juntar la carne separada, parar los borbotones de sangre, mantener la vida en su cuerpo. Esfuerzo inútil. Derek se quedó clavado, sin poder apartar la vista de la condenada mujer. El resto del grupo no dio crédito a la escena representada

ante sus ojos. Como hipnotizados por la virulencia de la discusión, permanecieron con la vista clavada en las manos ensangrentadas de la que había sido su líder. Al cabo de unos segundos, Miranda cayó de rodillas con los ojos desorbitados. Hizo el último esfuerzo de juntar la carne cortada con las manos y se desmayó, quedando boca abajo contra el suelo, con su pelo cubriendo la cabeza y ocultando el charco de sangre que poco a poco iba esparciendo la vida de la mujer por la tierra.

Yoshi siguió allí de pie, impávido, sosteniendo todavía el cuchillo con la mano. Un interruptor conmutó en su cabeza y el oriental se quedó roto y perdido para siempre en los dominios de la locura, entregando su cuerpo a la demencia, encerrándose en sí mismo, sin nada por lo que luchar, sin nadie por quien luchar, esperando ajeno al tiempo una muerte que le liberase, que le reuniese con su mujer, su hermosa mujer, y con su precioso hijo. Miró el cuchillo con ojos lejanos. Unas gotas resbalaban desde la punta hacia el suelo. Lo levantó y observó los reflejos que la hoja oscurecida por la sangre, iluminada como estaba por el baile de las llamas de la, lanzaba. *Una muerte liberadora*, susurró una voz en su cabeza. Apuntó el arma a su pecho y alejó un poco el brazo, como tomando carrerilla.

Aplausos. Vítores. Silbidos.

Yoshi salió del trance.

—¡Bravo!

—¡Guau!

—¡Qué espectáculo!

Más aplausos.

—¡Si señor!

—¡Que lo repita! ¡Que lo repita!

Todas las voces se unieron en un macabro coro.

—¡Que lo repita! ¡Que lo repita! ¡Que lo repita!

Yoshi se encontró mirando alrededor, confuso por el jolgorio, observando como todos los elfos del pueblo, sin excepción, les rodeaban. Las sombras de los rostros gráciles bailaban al sol de las llamas. Todos reían entusiasmados, aplaudiendo y silbando, sin cesar en la ovación. *Cazados*. Bien podría haber hundido el cuchillo en su corazón.

—¡Joder Derek! Un poco más tarde y no queda ni uno en pie.

Derek seguía congelado, con los ojos desorbitados, viendo como la sangre de Miranda se extendía más allá de su cabeza formando un aro negruzco a modo de halo divino.

—¡Derek! —Aeron le dio una palmada en la espalda, empujándolo.

El lisiado apoyó instintivamente la pierna rota en el suelo. Un grito de dolor escaló por la garganta desgarrando la noche, mezclándose con los vítores y aplausos.

—¿Ves cómo funcionó lo de la pierna, amigo?

Aeron pasó un brazo por los hombros de Derek, atrayéndolo hacia sí. Este se agarró la pierna en un vano intento de detener el creciente dolor.

Los aplausos disminuyeron.

La sangre dejó de manar del cuerpo de Miranda.

Los aplausos cesaron.

Cada elfo tenía ya cogido por detrás a un integrante del grupo. El que agarró a Yoshi le arrebató el cuchillo, contempló maravillado la sangre que empezaba a secarse en su hoja y, con una sonrisa de satisfacción en su rostro, se lo guardó como recuerdo. Aeron miró alrededor, comprobando que todas las despreciables criaturas estaban controladas.

—Muy bien, mis gráciles amigos —una carcajada general corrió entre los seres de orejas picudas—. Llevadlos a la jaula de los monos —empezaron a obedecer—. Nuestro querido Derek vendrá conmigo, ¿verdad, amigo?

Derek, concentrado en el dolor, asintió con la cabeza. Caminó penosamente junto a

Aeron, escondiendo el horror vivido tras la codicia por la vida que le ofrecería aquella raza de seres superiores.

—La mutación... —articuló el humano.

—Tranquilo, mi valioso Derek. Pronto no sentirás más dolor —Aeron sonrió—. Ni miedo.

Derek, convencido de la legitimidad tras la traición, imponiendo la supervivencia al sentido, asintió, sonriendo aliviado al futuro que se habría ante él.

—*Cumple con dedicación y esmero, y tu deseo será cumplido* —recordó el humano.

Aeron ensanchó aun más la sonrisa.

—Y has cumplido excepcionalmente bien —replicó el Maestro.

Planeta Tierra, 19-11-2010.

Juanje López.